

poder, y sabidaria: *In ostensione sapientie. & virtutis*: ¿qué eficacia no tendrían las verdades Evangelicas en la boca de un hombre, que al mismo tiempo que predicaba à Jesu-Christo crucificado, imitaba sus prodigios? ¿Que no tenga yo tiempo, Catolicos, para cotejar la gloriosa semejanza que se halla entre la resurreccion de un joven, que el poder de Santo Domingo concedió à las lagrimas de su tio, y la de Lazaro, que concedió el Salvador à las lagrimas de Marta, y de Maria? Veriais à Domingo que ora, llora, y manda al muerto que se levante, como havia hecho Jesu Christo: la resurreccion de aquel infeliz, que acababa de espirar à impulsos de un accidente tragico, os pareceria tan admirable como la de Lazaro ya medio podrido en el sepulcro, y aplicariais à este milagro de nuestro Santo, lo que del prodigio del Salvador dice San Agustin, es à saber, que fue una prueba de su divinidad, la que havia de triunfar de la incredulidad mas obstinada, y que en esta ocasion excedió la esperanza que habia concebido la fé de los Apostoles: *Tunc verè probatus est Christus; tunc plus fecit quam ausa est fides sperare*: ¿quereis saber si Santo Domingo fue verdaderamente un hombre embiado de Dios? pues no necesitais de mas señal que la misma respuesta que dió Jesu Christo à los Discipulos de Juan, quando le preguntaron si era el Mesías: los ciegos ven, los cojos andan, y los mudos hablan (*Matth. 11. 5.*) la mision de Santo Domingo tiene todas estas gloriosas señales, y verifica la prediccion del Salvador à sus Apostoles, quando les dixo que harian portentos mucho mayores, que los que él mismo

mo havia hecho: (*Joan. 14. 12.*) parece que el Señor havia comunicado à nuestro Santo aquel poder absoluto, con el que él mismo se manifiesta Rey de los Elementos, como le llama Tertuliano: el fuego, el ayre, el agua, y la tierra obedecen à sus ordenes; las llamas respetan los sagrados caracteres de la verdad en un libro que havia compuesto: nuestro Santo sale sin lesion de entre las llamas, como los tres niños salieron del horno de Babylonia: el mar, obediente à sus palabras, vomita vivos quarenta Ingleses, que se havia tragado en un naufragio; el ayre se consolida para mantenerle sobre sí, quando sus extasis le arrebatan de la tierra: las tempestades, y borrascas se disipan, y luego que él manda callar à los vientos le obedecen: el Infierno reconoce su autoridad, quando arroja los Demonios de los euerpos de los energumenos, librando al mismo tiempo sus almas de la esclavitud del comun enemigo: los Angeles baxan desde el Cielo para alimentarle milagrosamente en compañia de sus Religiosos: Estas, Catolicos, son verdaderas señales de una mision extraordinaria: el siglo de Santo Domingo fue testigo de todos estos prodigios, y la conversion de mas de cien mil Hereges, es una prueba indubitable de estos hechos.

Pero supuesto, Catolicos, que los Panegyricos de los Santos están destinados, tanto para su elogio como para nuestra instruccion, hagamos acerca de estos milagros de Santo Domingo algunas reflexiones propias para animar nuestra fé, confesando los sólidos fundamentos en que estriva nuestra Religion.

Yo hago, dirá alguno, los mayores esfuerzos para confirmarme en la fé, pero no puedo cautivar mi entendimiento bajo el yugo de aquellas verdades, que parece se oponen à la recta razon: pero ah! Calicos, eso consiste en que quereis confirmar vuestra fé con unos discursos, à los que Dios no mueve con su gracia, en vez de recurrir siempre en vuestras dudas à la poderosa virtud de la oracion: decid al Señor, con el padre del Lunatico del Evangelio: *Credo, Domine, adjuva incredulitatem meam: (Matth. 9. 23.)* Yo creo, ò Dios mio, ayudad mi incredulidad; creo las adorables verdades que haveis revelado à vuestra Iglesia, y los Oraculos que estrivan en fundamentos eternos: no obstante, Señor, padezco algunas dudas, y algunas incertidumbres involuntarias, las que os pido que disipeis: manifestadme los Misterios de vuestra Santa Religion con aquella claridad, que al mismo tiempo que los dá à conocer, los hace respetar, y que hace al alma decir con el Profeta: (*Psalm. 92. 5.*) Señor, vuestros testimonios son en extremo creibles; haced que resplandezca à mi vista aquella columna de fuego, que guiaba à los Israelitas por el desierto; aquella ráfaga de luz, que guia à las almas predestinadas por entre las misteriosas tinieblas que la ocultan en esta vida las sendas de la verdad: *Deduc me in via eterna: (Psalm. 138. 24.)* si oraseis de este modo, Catolicos, con una santa confianza, caerán de vuestros ojos los velos de la incredulidad, se consolidará vuestra fé, sereis fieles en el cumplimiento de vuestras obligaciones, las que desempeñareis como desempeñó Santo Domingo los cargos de su mision extraordinaria.

SE-

SEGUNDA PARTE.

DIOS nunca mantendrá la fé en toda su pureza, sin conservar à la predicacion su virtud, porque los dos fundamentos en que estriva la Religion, son las verdades que el Señor nos ha revelado, y las leyes que nos manda observar: y cómo es imposible que la divina providencia prive absolutamente à su Iglesia de aquellos hombres iluminados de su espiritu, que la libren de los errores con que pueden alterar la pureza de su doctrina, la ignorancia, y la soberbia del espiritu humano, del mismo modo está obligada esta providencia à mantener en su Iglesia hombres llenos del zelo de la ley, para oponerse à los desordenes de las costumbres, para impugnar los vicios del siglo, y para reformar los abusos que se introducen contra la regularidad de la disciplina, para que no obstante las alteraciones que padece la verdad, y las corrupciones que se introducen en la ley, haya siempre una regla infalible de lo que debemos creer, y de lo que debemos obrar; para que ya que no siempre sea observada esta regla, à lo menos siempre sea conocida; y para que la verdadera Religion, que consiste en creer precisamente lo que Dios ha revelado, y en observar exactamente sus preceptos, nunca padezca menoscabo en sí misma.

Aquellos hombres à quienes hace Dios depositarios de su ciencia, para que defiendan la pureza de la doctrina, no siempre tienen el don de hablar desde los christianos Pulpitos contra los pecadores, y aque-

aquellos à quienes concede el don de la eloquencia evangelica, suelen carecer de la profunda erudicion que se necesita para defender los dogmas de la Religion, ò ya porque sus ocupaciones no les permiten una continua aplicacion à este estudio, ò porque el Espiritu Santo reparte sus Dones segun su voluntad; pero como Santo Domingo fue un Ministro extraordinario, reunió en sí, en un grado muy eminente, estos dos talentos, è impugnó los errores, y vicios de su tiempo, con tanto zelo como felicidad.

Pero no basta mirar à Santo Domingo como un Doctor, y un Predicador que confunde à la heregia con la fuerza de los argumentos, que la impugna en sus escritos con su sólida doctrina, y que la amedrenta desde el Pulpito con el zelo de su predicacion, sino que à un mismo tiempo hace dos especies de guerra contra el error, triunfando de la falsedad de sus maximas, y de la obstinacion de sus sequaces: emplea en su destruccion la espada de dos filos de la divina palabra, aquella espada terrible, que puso Dios en manos de los Reyes, para abatir la potestad ilegítima, que se levanta contra su autoridad sagrada; semejante à aquellos valerosos Israelitas, (2. Esdr. 4. 17.) que bajo la direccion de Esdras, reedificaron el Templo, al mismo tiempo que con una mano reparaba las ruinas de la casa del Señor, peleaba con la otra contra los Pueblos que se atrevian à interrumpir el curso de una obra tan santa; y despues que su lengua havia hecho resonar en los Templós los Oraculos de la verdad, colgaba de sus columnas los despojos de sus enemigos.

¿Qué no pueda yo, Catolicos, representaros con los

los mas vivos colores de la eloquencia christiana uno de los pasages mas admirables de la vida de nuestro Santo? Por una parte os representaria los horribles excesos de la heregia Albigense, figurados en la triste imagen de la profanacion del Templo, que nos refiere el Espiritu Santo en el Libro de los Machabeos, (1. Mach. 1. 57.) quando dice, que los Vasos Sagrados fueron entregados al pillage, interrumpidos los sacrificios, manchadas las paredes con abominaciones, sacrificados los Sacerdotes en vez de víctimas, destruidas las mas santas ceremonias, colocadas sobre las alas de los Querubines del Santuario las supersticiones de un culto sacrilego, las Sagradas Virgines entregadas à los animales inmundos, executados en presencia del Dios de la pureza, los horrores que no ha podido ocultar la obscuridad de los tiempos, y desfigurada toda la hermosura de la Esposa de Jesu-Christo con los mayores oprobrios: espectáculo funesto, que representaba en la Iglesia, una Babilonia sentada en el Trono de la impiedad, ofreciendo con una mano el caliz de sus errores, y fornicaciones, y teniendo en la otra una espada, con la que amenazaba herir à los que se negasen à beber de aquel Caliz: Santo Domingo, autorizado con una Bulla Pontificia, predica una Santa Cruzada contra aquella impia Secta; marcha con un corto numero de Caballeros, y Soldados Christianos contra un Exército de mas de cien mil Hereges, que havian hecho al Languedoc teatro de su rebelion, y de sus violencias: luego que llega nuestro Santo Conquistador, se desordenan sus Batallones, y los Soldados, que no huyen, quedan prisioneros, ò muertos

tos: una vasta Campaña, inundada de su sangre, y cubierta de cadaveres, se ofrece en sacrificio al Dios de los Exercitos: ¡oh, Señor! ¿cómo era posible, que un solo hombre venciese à mil, y que un corto numero de Soldados, auyentase unos Esquadrones, cuyo numero igualaba à las arenas del mar, segun la expresion de la Escritura, si vos no huvierais peleado invisiblemente à favor de los que defendian vuestra causa? (*Exod. 17. 11.*) Domingo, como otro Moyses, levantaba los brazos al Cielo, mientras que el piadoso, y valiente Conde de Montfort, como otro Josue, derrotaba à los enemigos: me parece estar viendo en ese Crucifixo, en ese Rosario, y en esa Bulla de Cruzada, que lleva en sus manos Santo Domingo en medio de los combates, el misterioso aparato, que en otro tiempo derribó por tierra los muros de la soberbia Jerichó: (*Jos. 6. 20.*) con estas armas, à las que estaba unida la fuerza del todo poderoso, derribó nuestro Santo el sacrilego Altar, que Baal havia levantado contra Jesu-Christo: en memoria de esta célebre victoria autorizó el Cielo la santa, y venerable devocion del Rosario, bajo cuyos estandartes tuvo glorioso fin aquella santa guerra: Santo Domingo dió un público testimonio à Maria Santissima de haver debido los felices sucesos de esta guerra à su poderosa intercesion, pasando desde el campo de batalla à una Capilla consagrada à la Reyna de los Angeles, y tributandola aquel elogio, que despues abrazó tan gloriosamente la Iglesia: *Cunctas hæreses sola interemisti.* Elogio justo, y verdadero por ser la heregia de los Albigenses un monstruoso conjunto de todos los errores: el ayre resue-

na con los gritos del Soldado que clama victoria, y al mismo tiempo, resuena tambien el Templo con los hymnos de alegria, y agradecimiento que entona Santo Domingo: semejante à David, que con las manos teñidas en la sangre de los enemigos de Dios, tomá el harpa sagrada para cantarle cánticos, y al mismo tiempo que buelve de vencer à los Philisteos, lleva en triunfo el Arca Santa: (*2. Reg. 6. 12.*) pone nuestro Santo toda su gloria ab pie de los Altares, y solamente celebra la gloria del combate, para añadirle à los infinitos triunfos, que la Iglesia ha conseguido contra las heregias. *omne obnsup, ognim*
Luego que nuestro Santo arrojó à la heregia de los puestos que ocupaba, se dedicó à la conquista de las almas, de que se havia apoderado, pues no huviera quedado satisfecho su zelo, si despues de haver desarmado à los rebeldes, no huviera convencido à los obstinados: ¿qué extraordinarios ruegos no dirigia al Cielo, pidiendo su conversion? ¿quántas veces se indignaba santamente à vista de los infelices Apostatas de la fé, que abandonaban la fuente de aguas vivas, para ir à beber en las cisternas impuras? ¿quién podrá referir sus conferencias, sus Sermones, sus viages, y sus milagros? Acordaos, Señores, de lo que hizo Elias en presencia del Pueblo de Israel, quando le dixo ¿hasta cuándo has de estar indeciso, y titubeando entre dos caminos: (*4. Reg. 18.*) si Baal es la divinidad, à quien debes adorar, derriba los Altares del Dios de Israel; pero si el Señor es el verdadero Dios, derriba los Altares de Baal: para acabar de resolvernos convengamos en que el Dios, que haga bajar fuego del Cielo sobre el

Sacrificio, que se le ofrezca, ese es el Dios verdadero: bien sabeis, Catolicos, las circunstancias de aquel famoso suceso, y que los Sacerdotes de Baal, despues de haver experimentado, que su Dios estaba sordo à sus ruegos, y supersticiosas invocaciones, vieron bajar fuego del Cielo sobre el Sacrificio de Elias, el que quedó consumido en un instante, no obstante la mucha agua, que sobre él havia derramado el Profeta, para hacer mas admirable el prodigio; ved, Señores, renovado aquel milagro, en lo que pasó entre los Doctores de los Albigenses, y Santo Domingo, quando entregado à las llamas el Libro en que se contenian los Dogmas de esta Secta, fue consumido en un momento, quando al mismo tiempo el que havia compuesto Santo Domingo contra este error, arrojado tres veces consecutivas en una hoguera encendida, lejos de recibir lesion alguna, quedó intacto, sin que le manchase el humo: à vista de este milagro quedó confundido todo el partido rebelde. Pero el zelo de Santo Domingo no se limitó à la conversion de los Hereges, sino que se estendió à todos los pecadores: como se abrasaba en el amor à Jesu Christo, estaba lleno de una compasion caritativa de los males de su Iglesia, y animado de una santa ira contra los enemigos de Dios, y de su Pueblo: en la historia de su vida se lee, que jamás se le oyó pronunciar una palabra, que no se dirigiese à glorificar à Dios, y à ganar almas para su Magestad: era, como el Bautista, una antorcha luciente, y luminosa: (*Joan. 5. 35.*) *Lucerna ardens, & lucens:* luminosa para alumbrar los entendimientos, y ardiente para inflamar las voluntades: sus discursos es-

taban llenos de una secreta energia, à la que nadie podia resistir: quando hablaba à los Pueblos, despedia su rostro rayos luminosos de la ciencia, y caridad de que estaba llena su alma; y San Vicente Ferrer nos asegura, que mas parecia Angel, que hombre: ¿quereis saber, Señores, el maravilloso efecto de la gracia particular que havia recibido del Cielo, para convertir à los mas obstinados pecadores? Pues acordaos de quando cayò en las manos de aquellos infames salteadores, que despojados de todos los afectos de humanidad, parece se havian revestido de la ferocidad de las fieras que habitaban los bosques, en donde ellos vivian retirados; nuestro divino Predicador los habló con tanta eficacia, que consiguió ablandar aquellos empedernidos corazones; como otro Moyses, hizo salir de aquellos insensibles peñascos lagrimas de penitencia, y animado con la gracia de aquel Señor, que convirtió al buen Ladrón en la Cruz, los hizo detestar los excesos à que vivian entregados, y abrazar una vida penitente.

Era muy corta la extension de un solo Reyno para su ardiente zelo, y así, llevado del impulso del espíritu que le animaba, recorrió las Provincias de Francia, Italia, y España, como nube misteriosa, derramando en todas partes, à imitacion de los Apostoles, el precioso, y saludable rocío de la Sangre de Jesu-Christo: de esta mistica nube salian relámpagos que alumbraban al mundo, quando explicaba las verdades del Evangelio; truenos que atemorizaban, quando hacia resonar las amenazas Evangelicas en los oídos de los pecadores; rayos que abrasaban, y herian, quando publicaba maldiciones, y anathemas

contra los pecadores obstinados; y lluvias saludables que regaban, y fertilizaban, quando despues de haver movido los corazones de sus oyentes, los hacia deshacerse en lagrimas: muchas veces renunció la dignidad de Obispo, por estar libre para emplearse en evangelizar à todo el Universo; pero su zelo se dirigia antes à cuidar de su alma, que de las de sus proximos: como fiel Discipulo de Jesu Christo enseñaba primero con las obras, y despues con las palabras: castigaba su cuerpo, y le reducía à servidumbre, temiendo, que despues de haver predicado à los demás, quedase él reprobado: el Historiador de su vida dice, que por la noche practicaba las doctrinas que enseñaba por el dia, y que toda su vida estuvo dividida entre la predicacion, y el exemplo: su cama era el escalon del Altar; interrumpia tres veces el sueño, para castigar su cuerpo con crueles disciplinas: su vestido, su sustento, su habitacion, todo estaba respirando la mortificacion Evangelica: podia decir, como el Bautista, que era voz, pues en él todo estaba predicando penitencia.

En este genero de predicacion debemos exercitarnos todos los Christianos: solamente los reprobos dicen con Caín, que no están encargados de la custodia, y conducta de sus hermanos: *Numquid custos fratris mei sum ego?* (Gen. 4. 9.) pero los verdaderos Christianos saben que esta es una obligacion comun à todos, señalada en el Ecclesiastico: *Unicuique mandavit Deus de proximo suo:* (Eccl. 17. 11.) cada uno à su modo está encargado de la salud de su proximo: Dios tiene sus Predicadores, pero tambien el mundo, y el Demonio tienen los suyos, pues no se

puede dar otro nombre à aquellos hombres, que sin acordarse de su Dios, esparcen con tanta desvergüenza las maximas del libertinage; à aquellos hombres, cuya boca es un sepulcro abierto, que exhala en todas partes olor de muerte, de corrupcion, y de escandalo; à aquellas mugeres mundanas, que son como el fomento de la concupiscencia de los ojos sensuales, y adulteros, que pasan toda su vida en proveer al Demonio Meridiano, (Psalm. 90. 6.) de aquellas venenosas saetas de que él se vale para atravesar à las almas con las mortales heridas de la impureza; que llevando en su corazon el fuego abrasador de sus pasiones, siembran por todos los parages por donde pasan, sus funestas centellas; con la indecencia de sus acciones, y vestidos: llegará dia en que estas cabezas, que ahora son idolo del mundo, se muden en un espectáculo asqueroso: llegará dia en que esos cuerpos corrompidos, servirán de pública satisfaccion à las injurias, que con sus regalos, y adornos hicieron à Jesu Christo crucificado: llegará dia en que Dios os pedirá esas almas, precio de sus sudores, y de su sangre, que le haveis arrancado de las manos; en que habiendo sido instrumentos del Demonio para condenar à los hombres, seais compañeras eternas de sus suplicios; en que todas esas desgraciadas victimas, que han perecido en los lazos que las haveis puesto, se levantarán contra vosotras, pidiendo venganza de su perdicion, de la que fuisteis la principal causa: Santo Domingo decia, que tendria por bien recompensados todos sus trabajos, si con ellos ganára una sola alma para Jesu Christo; y en el Infierno hay infinidad de almas condenadas

das por el mal exemplo de una sola persona: ah! si no teneis compasion de las almas de vuestros proximos, compadeceos à lo menos de la vuestra: *Miserere animæ tuæ: (Ecl. 30. 25.)* no quiero decir que vayais à convertir Hereges, è infieles, pero à lo menos no perdais à vuestros hermanos: la conversion de todas las Naciones, pertenece solamente à Santo Domingo, y à los Ministros embiados extraordinariamente de Dios como él. Este gran Santo, siempre tuvo presente en su espíritu aquella vision del Apostol San Pablo, en la que vió à un hombre Macedonio, que estendiendo hácia él sus brazos le decía estas amorosas palabras: *Transiens in Macedoniam adjuva nos: (Act. 16. 9.)* à todas horas le parecia estar oyendo unas voces que desde todas las partes del mundo le decian: venid à socorrernos, è iluminarnos en estos países barbaros, en donde no ha quedado señal alguna de la primera predicacion Evangelica: venid à estas campañas desiertas en donde la negligencia, ò falta de Pastores, dexa expuesta la viña del Señor à las incursiones de la bestia feroz: *Transiens in Macedoniam adjuva nos:* pero nuestro Santo, viendo que él solo no podia acudir à todas las necesidades de la Iglesia, y que la muerte havia de interrumpir necesariamente el curso de sus trabajos, halló el secreto de multiplicarse, y eternizarse, instituyendo un Orden, cuyos individuos se consagrasen con voto particular al divino ministerio, que él exerció toda su vida: pudiera tener visos de politica mundana la loable costumbre que se usa en estas solemnidades de pasar de las alabanzas del Fundador à las de sus hijos; pero

Je-

Jesu-Christo nos enseña que debemos juzgar del arbol por sus frutos, y seria ocultar una parte muy preciosa del retrato de Santo Domingo, si callasemos lo mucho que la Iglesia debe à su Orden.

Bien sabeis, Catolicos, quan dignamente desempeña este Orden el glorioso titulo, que le distingue de los demás en la Iglesia de Dios: paso en silencio otros muchos titulos que la adornan, y por no traspasar los limites de mi ministerio, alabo solamente en los dignos hijos de un Predicador embiado extraordinariamente de Dios, la gloria con que desempeñan el sagrado ministerio de la divina palabra: ¿pero qué fruto sacais vosotros, Señores, de sus Sermones, y de sus fatigas Apostolicas? Ah! temed que Dios os prive de estos Predicadores excelentes, para embiarlos à otros oyentes mas dociles, amenaza que hizo en otro tiempo San Pablo à los Judios, antes de ir à predicar el Evangelio à los Gentiles, (*Act. 13.*) la que vemos verificada en nuestros dias, por los copiosos frutos que estos Predicadores recogen en los climas infieles, donde predicán la divina palabra, con una sencillez apostolica, quando al mismo tiempo la viña del Señor, continuamente regada, y cultivada en el centro de la Religion, permanece estéril: pidamos hoy, por medio de la intercesion del Santo Predicador, cuya memoria celebramos, gracia para hablar como dignos Ministros del Evangelio, y para oír su doctrina como Christianos dociles, y humildes; de este modo recogeremos en esta vida ciento por uno de esta preciosa semilla, y tendremos por recompensa de nuestras fatigas, la eterna:

Ad quam, &c.